



Hablamos con el Señor sábado, 18 de junio

**Alegre la mañana,
que nos habla de Ti.
Alegre la mañana.**

En nombre del Dios Padre, del Hijo y del Espíritu,
salimos de la noche y estrenamos la aurora,
saludamos el gozo de la luz que nos llega,
resucitada y resucitadora.

Señor, hoy vengo a suplicarte que me des y que me esfuerce espiritualmente en
adquirir estas capacidades para alcanzar una viva experiencia de ti

Capacidad de gratuidad

Es la capacidad de no buscarnos a nosotros mismos, de no ser nosotros el objetivo último de nosotros mismos o de nuestra vida, de no ser el punto de referencia desde el cual todo se valora. Esta palabra “gratuidad”, comprensible aunque difícil para el lenguaje de nuestra cultura, viene a equivaler a términos clásicos de la tradición espiritual como “pobreza de espíritu”, “descentramiento”, “abnegación”, “salir del propio amor, querer e interés...” La gratuidad es, de entrada, gratitud: capacidad de valorar agradecidamente todo aquello que somos y tenemos; y luego, de salida, generosidad: precisamente porque agradecidos somos desprendidos, y porque desde la gratitud lo normal es compartir y no defender nuestra posesión.

Hay una gratuidad respecto a uno mismo que tiene que ver con el “despojarse”, con los “despojamientos”. En primer término, se trata de la aceptación serena, humanamente serena, de aquellos despojamientos que la vida nos va haciendo: del vigor y el atractivo

físico, de la salud, de las cualidades intelectuales, de la capacidad de autonomía, del ocupar situaciones de relevancia... ¡Qué patético suele ser el espectáculo de quienes se resisten a perder: desde los/as que a los 60 años se empeñan en vestir como si tuvieran 25, hasta los que reiteran una y otra vez sus glorias pasadas! Unos/as hacen reír, otros aburren y suscitan una cierta lástima... Y, sin embargo, cuántas veces se da esa resistencia a aceptar los despojos de la vida... También hay un “despojarse” de tantos “mantos” que llevamos encima, con los que nos abrigamos sí, pero también nos envolvemos, ocultamos y aislamos. Discernir sobre la necesidad y función de nuestros mantos e irnos despojando de aquellos que nos quitan agilidad, de aquellos que sobrándonos a nosotros podrían cubrir algo a otros...

Si respecto a nosotros la gratuidad tiene que ver con despojamientos, respecto a lo exterior a nosotros tiene que ver con el desasimiento de las cosas. No estar “asidos”, no estar “agarrados” a aquello que tenemos, e incluso a aquello que necesitamos

tener. Gratuidad tiene que ver con nuestro modo de relacionarnos con cosas y personas, a las que tantas veces tratamos y utilizamos como cosas, como objetos, en función de nuestros objetivos personales. Hablar de gratuidad es hablar de libertad ante las cosas y de disponibilidad ante las personas.

Hay un nivel más hondo de gratuidad, que es la gratuidad ante Dios. Esta gratuidad ante Dios es la sincera humildad. Estar ante Dios sin pretensiones, sin exigencias, sin condiciones... ¡Qué difícil nos resulta situarnos así ante Él! O como Jesús nos invita en la parábola del Padre y los dos hijos: estar ante Dios y con Dios disfrutando de ser hijos. Simplemente

eso... Normalmente tendemos a situarnos ante Dios de dos modos equivocados: como deudores o como acreedores. El deudor se sitúa ante Dios atemorizado; y no tiene sentido situarse así, porque Dios nos perdona las deudas. El acreedor se sitúa ante Dios con enojo, malhumorado; y tampoco tiene sentido situarse así, porque Dios nos ha dado ya lo más valioso que tiene, la posibilidad de participar de su misma vida. Ante Dios como hijos, disfrutando: eso es humildad, eso es gratuidad... Ni nuestro temor ni nuestras exigencias nos acercarán más a Dios, sino nuestro “caminar humilde”, en expresión del profeta Miqueas (6, 8)

¿Qué gratuidad vivo?

Capacidad de “encuentro” en la relación humana

Veamos un ejemplo comprensible sobre un determinado modo de relación humana que difícilmente llega al encuentro personal, por muchas horas que se empleen. Es la relación tipo “chat” como modelo de falsa relación humana frecuente en nuestro tiempo. De entrada, se utiliza una “identidad” : esa identidad puede revelar algo de la propia persona o absolutamente nada, o ser totalmente engañoso; por otra parte, se puede modificar a voluntad, cuantas veces se quiera. En el contenido de la conversación, y como dice el viejo aforismo, “se miente más que se habla”; en cualquier caso, nada nos permite verificar la verdad de lo que se dice, y en las conversaciones de chat es más razonable la sospecha que la credibilidad. La relación se corta a voluntad, despidiéndose o no: para

ello, se puede mentir (“ahora vuelvo”, “me llaman por teléfono”, etc...), se puede “ignorar” al interlocutor e impedir que éste se ponga de nuevo en contacto conmigo... Se pueden haber pasado horas chateando con una persona sin llegar a establecer ningún vínculo personal, o más horas aún charlando simultáneamente con muchos sin llegar a establecer una conversación de un cierto tono con alguien.

Hemos descrito un tipo de relación entre personas en la que no hay “encuentro”. En la medida en que esta forma de relación sin auténtico “encuentro” se reproduce en la vida, se empobrece la capacidad de relación humana. Sin una capacidad de relación humana medianamente madura,

diffícilmente es posible una relación con Dios de una cierta hondura. Para la maduración de nuestra capacidad de encuentro en la relación humana hay varios elementos a cuidar y/o potenciar. Uno, primero, es evitar los “ensimismamientos” en sus diversas formas: desde los “pasivos”, que serían aquellos que consisten básicamente en abstraerse o desinteresarse de todo aquello que no es uno mismo, hasta los más “activos”, que serían aquellos que hablando de cualquier cosa o de cualquier tema sólo hablan de “yo”.

La dinámica de relación auténtica que posibilita el encuentro verdadero entre personas queda truncada cuando no se evitan tendencias y dinámicas de dependencia, de manipulación, de posesividad; esto nos va a exigir, en muchas ocasiones, autocritica, examen y esfuerzo. Tiene que ver con ello algo que es importante recordar: que la auténtica relación humana, el auténtico “encuentro” supone no sólo dar, sino también recibir, no sólo capacidad y disponibilidad para dar, sino también capacidad y disponibilidad para recibir. La gratuidad no es dar sin recibir, sino dar sin exigir, sin buscar compensación o pago, sin buscarme a mí mismo en el dar: y eso es otra cosa. ¿O no hemos caído en la cuenta de que muchas veces las personas aparentemente más desinteresadas son las más posesivas, las más manipuladoras, las más rencorosas cuando el “agraciado” no responde como ellos quieren y esperan?

Una relación de “encuentro” tiende necesariamente a la implicación. Sentirnos afectados, dispuestos, e implicarse y complicarse por aquello que descubrimos en la relación con el otro... Y un modo de vivir la historia: no se trata de sentirnos “culpables” de aquello que no lo somos, porque sobre ello no tuvimos ninguna responsabilidad personal, pero sí “responsables”: de asumir las responsabilidades que tenemos en la historia que vamos construyendo y que con/por nuestras decisiones u omisiones va tomando uno u otro sesgo.

En este contexto resuena la llamada evangélica a la cercanía y al encuentro con los pobres, con los débiles en muchos aspectos, como lugar de la experiencia de Dios. Pero ¡jojo!, no malinterpretemos: no es que porque me acerco (físicamente, más que nada) a los pobres yo soy estupendo/a, bueno/a y Dios me da el caramelo del encuentro con él. Dios no admite que hagamos de los pobres moneda de nada. Sino que cuando yo me encuentro de verdad con los pobres me empobrezco de las cosas y, sobre todo, de mí mismo; que su cercanía me desposee, y en esa desposesión, en ese vaciamiento, soy visitado por Dios, el Dios que se empobreció para enriquecernos de su vida y de su presencia. (*“Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza.”* 2 Cor 8,9)

¿Qué “encuentros” vivo?

Capacidad de “elección”

No se puede aspirar a todo, no se puede querer todo, no se puede tener todo, no todo es compatible con todo, no todo vale. Estas afirmaciones tan elementales y obvias en apariencia en ocasiones son difíciles de aceptar en nuestra cultura ambiente. Pero hay que poner en cuestión ese “todo vale”, “todo al mismo tiempo”, “todo es compatible”, si se quiere estar disponible para una experiencia de Dios, un Dios que no es una cosa más, una opción más, un amor más: “... Dios no puede ser tratado como una “cosa” más entre muchas: Él es el único Dios, la fuente trascendente de todo lo bueno. No podemos servir al Dios de Abraham, Isaac y Jacob a menos que lo amemos con todo nuestro corazón y no meramente poniéndolo el primero de la lista”. Ello nos plantea la necesidad de ir creciendo en capacidad de “elección”. ¿En qué consiste la “elección” de qué hablamos? Antes que nada, hablamos de tener claro aquello que afectivamente debe centrar nuestra vida, y en función de eso ir tomando decisiones de aceptar o de dejar cosas, con un criterio de limpieza interior: si nos ayudan a centrarnos en aquello que debemos, tomarlas, o si nos apartan, dejarlas. Vale aquello que nos ayuda, no vale aquello que nos separa. Esa claridad interna, y esa limpieza de planteamiento e intención, nos ayudarán a una vida “ordenada”, “coherente”. No se trata sólo de un “orden exterior”, sino de algo más hondo: de que las cosas estén en su

sitio correcto y ocupen el lugar que deben ocupar, si es que deben ocupar alguno.

Esa limpieza de intención, de corazón, de búsqueda, nos pone en un camino acertado y orientado hacia Dios. Lo contrario nos va haciendo vivir a impulsos, dando pasos adelante y atrás, dando vueltas, en ocasiones, en torno a cosas muy secundarias o nimias. No es que el camino a Dios sea un camino siempre recto, siempre adelante, siempre claro... pero esa limpieza de intención nos libra de desviaciones engañosas.

Esta capacidad de “elección”, que es también capacidad de compromiso y de toma de decisiones, es capacidad de “jerarquización”, de priorización, de control y dominio sobre los impulsos de la vida... Se trata de conducir nosotros el “coche de la vida”, no de ser llevados por ese “coche”; de que seamos nosotros los que establezcamos unos criterios en función de los cuales las cosas entran más o menos, o no entran, en nuestras agendas, y no de que sean las agendas las que nos marquen el paso... Es la capacidad de marcar las prioridades y los ritmos desde dentro. Nos permite valorar más allá de lo espontáneo y primario...

Buscar a Dios ha de ser una decisión firme en el corazón, y condicionante de lo concreto de la vida, para que nuestros pasos no flaqueen en un camino que, en ocasiones, se hace más duro de lo esperado.

¿Qué “elecciones” estoy haciendo?

Y ahora hablo con el Señor sobre lo que ha ido apareciendo en mi corazón en este rato...